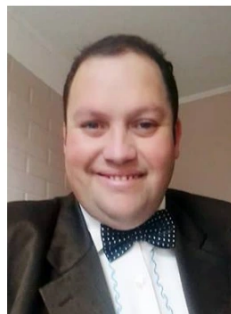


Carlos Cardoen y la urgencia de formar expertos en tecnología para Chile



Por Carlos Suárez Gaete

El nombre de Carlos Cardoen suele evocar polémicas, pero también simboliza uno de los pocos casos en que un empresario chileno se atrevió a innovar en grande, desarrollando tecnología de punta en un país históricamente dependiente de la importación de conocimiento. Cardoen logró diseñar y fabricar productos industriales y tecnológicos en un contexto adverso, con escasa infraestructura de investigación, un marco regulatorio limitado y poco apoyo estatal. Más allá de las controversias, su figura deja en evidencia un punto central: Chile necesita con urgencia formar y apoyar a sus propios expertos en tecnología.

Hoy el país enfrenta un dilema estructural. Mientras economías emergentes como Corea del Sur, Israel o incluso algunos vecinos de la región han apostado por una fuerte inversión en ciencia y desarrollo tecnológico, Chile sigue anclado en un modelo primario-exportador, dependiente del cobre, el litio y la producción agrícola. La paradoja es evidente: poseemos recursos naturales de enorme valor estratégi-

co, pero no contamos con suficiente capital humano para transformarlos en innovación que se traduzca en desarrollo real y sostenible.

El ejemplo de Cardoen refleja que, incluso en condiciones difíciles, existe talento chileno capaz de crear soluciones tecnológicas avanzadas. Lo que falta es un ecosistema que fomente la formación de ingenieros, científicos y técnicos altamente especializados, junto con políticas públicas que conecten la academia con la industria. En lugar de limitarse a exportar materias primas, Chile podría liderar en áreas como la energía verde, la biotecnología, la robótica aplicada a la minería, la inteligencia artificial y el desarrollo de software.

El futuro no se juega solo en las bodegas de exportación, sino en los laboratorios, centros de innovación y startups capaces de transformar el conocimiento en valor. Chile tiene la oportunidad de dar un salto cualitativo, pero ello exige visión estratégica, inversión sostenida y una política educativa que priorice la formación de expertos en ciencia y tecnología.

Carlos Cardoen, con todas las luces de su trayectoria, es un recordatorio de que el ingenio chileno existe. La pregunta es si el país tendrá la voluntad de apostar decididamente por él, construyendo las condiciones para que surja una nueva generación de innovadores que no deban luchar contra la falta de apoyo, sino que puedan proyectar a Chile hacia el desarrollo.